

otras, almas justas, no temais; estando con Jesus, no hay condenacion que temer; si os ataca el enemigo, con Jesus saldreis victoriosas; si os afligen las tribulaciones y trabajos, con Jesus se os harán dulces y llevaderos; venid, pues, en espíritu al templo santo; llegad á las sagradas aras donde se ofrece Jesus, y allí derramad vuestro corazón, ofrecedlo junto con esta sagrada víctima; consagradle vuestro amor y vuestra vida, y entónces podremos en la muerte estrechar á este Dios en nuestros brazos como el santo Simeon, y decirle, al ver ya los resplandores de la eternidad: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.* Vos habeis sido el objeto de mi amor en la vida; con vuestra gracia vencí al mundo, y lo desprecié con vuestra ayuda; sobrellevé los pocos trabajos de la vida mortal, y ahora vas á cumplir tu palabra introduciéndome en la Jerusalem celestial, embriagándome con la abundancia de tu casa, y dándome á beber los torrentes de tus delicias. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Yo os bendigo y os adoro, porque, mirándome con ojos de piedad, me habeis lavado con tu preciosa sangre, y me habeis hecho partícipe de aquella salud eterna que preparaste á los pueblos y naciones, y ahora la voy á ver con mis propios ojos. *Lumen ad illuminationem gentium et gloriam plebis tuæ Israel.* Vos habeis sido la luz que me ha guiado en la dificultosa carrera de la vida; con ella me habeis ilustrado, para que no me sorprendiesen las tinieblas del error, ni durmiese en la noche de la culpa, y desde ahora sereis mi corona y mi gloria por toda la eternidad. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

EN LA BENDICION DE UN ALTAR NUEVO

dedicado á

MARÍA SANTÍSIMA, CON EL TÍTULO DE LAS ANGUSTIAS.

Omnes viri ac mulieres mente devota obtulerunt donaria, ut fierent opera quæ jussisset Dominus.

Todos los hombres y mujeres ofrecieron dones con alma devota, para que se hicieran las obras que Dios habia mandado.

(Exodo, cap. xxxv, vers. 29.)

El dia más festivo en una familia es sin duda aquel en que se reúnen los hijos al lado de su madre amorosa para celebrar el dia de su nacimiento, ofreciéndola al mismo tiempo una expresion de su amor y gratitud. Es este un espectáculo tierno y venturoso á la par para los hijos y para la madre: ella recuerda los trabajos que padeció para darlos á luz; los afanes del tiempo de la lactancia; los desvelos que ocasionára la inocente niñez, y quizás los disgustos casi necesarios en el trascurso de la mocedad agitada por la fuerza de las pasiones: ellos no pueden ménos de tener presentes aquellos cariños que les fueron prodigados en su edad infantil, aquellas correcciones amorosas, aquellos avisos saludables, en fin, aquel amor de madre, que es el más puro, el más santo, el más natural y simpático de todos los amores, despues del amor que debemos á nuestro Criador; y al ponerse en contacto dos reminiscencias tan puras y cariñosas, no pueden ménos de producir los más grandiosos efectos.

Para la madre y para los hijos es este un momento de éxtasis en cierto modo; aquélla los abraza uno por uno, sellando sus mejillas con ósculo santo, los acaricia, los regala, los bendice; y éstos se postran á sus plantas, dándole gracias por su amor, y suplicándola acepte sus dones en testimonio de su gratitud.

¡Oh, amados míos! Esta escena acaba de tener lugar entre nosotros, al habernos presentado á nuestra tierna Madre María, para celebrar el fausto momento en que por primera vez va á celebrarse el augusto Sacrificio en su altar nuevamente erigido por vosotros. Es este día un verdadero día festivo, en que los hijos recordamos á nuestra Madre aquel momento, dolorido para ella, pero venturoso para nosotros; momento en que, entre mil dolores, nos engendrara al pié de la Cruz. La recordamos lo mucho que la hemos costado; las muchas lágrimas que derramara por nosotros; los beneficios sin cuento que debemos á su amor y á sus cuidados; y despues que con tanta espontaneidad le habeis ofrecido dones tiernos y transitorios, habeis querido darla el último que os quedaba, don tanto más noble y generoso, cuanto es más sublime y celestial, por los grandes deseos que contiene: este don es el de vuestros corazones. *Omnes viri et mulieres mente devota obtulerunt donaria, ut fierent opera quæ jusserat Dominus.*

Esta gloria os cabe á todos indistintamente, pues todos teneis parte en este gracioso trono en que está sentada la Reina de los mártires; cada cual ha contribuido conforme á sus facultades, el grande como grande, el caballero como caballero, sin que haya faltado el cornado del infeliz siervo, ni el denario de la desamparada viuda. Mas si ha habido desigualdad en el número, no la ha habido en los deseos; todos los corazones han rebotado sentimientos nobles y generosos hácia su Madre, ofreciendo, para demostrarlo, lo que poseíais.

Si á vosotros os cabe esta gloria, yo vindico para mí la de ser el intérprete de vuestra cristiana generosidad. Permitidme llevar la palabra en este día, para hablar en nombre vuestro á nuestra Madre, y decirla: «Ahí teneis, Madre querida y adorada, ahí teneis esa corta fineza que te ofrecen tus hijos en señal de amor y de gratitud. El don es pequeño al lado de tu grandeza y de tus beneficios; pero nuestros corazones encierran un deseo inmenso, y es el de querer merecer ser tus hijos verdaderos; aceptadlos, pues, y con esto seremos felices.» Hé aquí el mensaje que en nombre vuestro voy á llevar á nuestra amorosa Madre; pero ántes permitidme, sin ofensa de vuestra modestia, que os explique en pocas palabras el inmenso mérito que habeis contraído con Dios al desprenderos generosamente de vuestras facultades terrenas, con el fin de ayudar á erigir este altar á María Santísima, con el tierno título de las Angustias.

Venid, pues, y recordemos á nuestra Madre lo mucho que la amamos, trayéndola á su memoria aquel instante venturoso en que fué saludada llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

AVE MARÍA.

Cuando he dicho que habeis contraído un mérito inmenso al desprenderos de vuestras facultades terrenas para emplearlas en presentar un obsequio á María, no ha sido mi idea el recordaros aquel galardón eterno que Dios reserva para premiar hasta un vaso de agua fría que diéremos en su nombre. Demás está el hacer presente á un pueblo lleno de fé cuáles son los méritos que contrae un alma que en todos sus pasos mira á esta antorcha divina, como á guía y norte de todas sus obras. Este mérito tendrá su complemento y su corona en la vida venidera, y en ella teneis sin duda fijo vuestro corazón cuando

ofreceis vuestras dádivas á nuestra tierna Madre. Pero yo quiero que por unos momentos pongais vuestras miradas en lo presente, sin dejar por eso de mirar á la celeste Sion como á vuestra verdadera pátria. ¿Sabeis cuál es la naturaleza del mérito que os granjeásteis al contribuir á la reedificacion del altar dedicado á María? Es este un mérito de asociacion con la divinidad. Entendedme bien, amados míos; habeis sido agregados, sin pensarlo ni reflexionarlo, á llenar las grandes miras que tuviera el entendimiento divino desde la eternidad, miras que debian realizarse entre los hombres. Estadme atentos.

Dios, así como por naturaleza es eterno é infinito, á diferencia de todos los seres, que son esencialmente limitados, es tambien independiente en todos sus actos; de modo que no necesita del concurso de ningun agente para dar á luz sus obras, ora las consideremos en el primer momento en que saliera del caos la materia, ora las contemplemos adornadas con la forma y en todo el complemento de ser que se necesita para entrar en la categoria de causa segunda. Vedlo. Llegado el momento de manifestar su gloria en la creacion del mundo, le basta una insinuacion para crear las obras más portentosas; habla, y aparecen los cielos, la tierra, las aguas y los espacios; manda, y el caos es bañado con raudales de luz, dividiéndose ésta de las tinieblas, y formándose los dias y las noches; dice, y se reviste la tierra de flores, de yerbas, de arbustos, apareciendo á la vez el cedro que intenta elevarse hasta las nubes y la parásita yedra que ha de vivir abrazada á su tronco, desarrollándose al poco los cielos como un pergamino matizado de oro, y quedando formada la bóveda celestial con miles de miles de orbes refulgentes, que en la alborada y en la tarde alaban al Criador; ordena, y este globo empieza á bullir con una prodigiosa muchedumbre de habitantes de géneros y especies distintos, y cuyo número Él sólo conoce, empe-

zando la proporcion en el invisible arador, y concluyendo por grados en el desmedido elefante, al mismo tiempo que los mares se convierten en la más vasta república del reino animal, cuyos individuos no tienen número ni cálculo en nuestro corto saber. Déjase, por fin, oír su omnipotente voz, y fórmase del todo esta hermosa estatua humana, que al primer soplo de la divinidad se alza en pié, mira al cielo, reconoce á su Criador, lo adora y lo bendice. Sí; un simple *fiat* del Criador bastó para dar existencia á todas las legiones angélicas, á los cielos, á la tierra, á los mares, á los animales, y esta miniatura de su omnipotencia ó este compendio del saber divino, al hombre. Para ello Dios no pidió auxilio á nadie: cuando Adán fué formado, existian ya los ángeles con sus jerarquías y coros; pero todo su ministerio respecto de la creacion fué servir á Dios, alabándolo y bendiciéndolo, estando al paso en el más profundo éxtasis al contemplar cuánto era el poder, cuánta la sabiduría, cuánta la gloria del Rey de los siglos.

Tiene Dios la misma independencia en la conservacion de sus obras por el concurso de las causas segundas, pues nada hay en el mundo que no se haga por su voluntad, que ordena ó que permite, asistiendo Él á todos y cada uno de los vivientes, incluso los mismos espíritus, pues sin esta mano auxiliadora perecerian todos, como dice el sublime Agustin, y volverian al seno de la nada. Hé aquí, señores, al Dios criador y conservador, obrando con su sabiduría y providencia, sin necesitar del auxilio de nadie.

Pero... ¿lo creereis? otras obras portentosas se tenian que realizar en el mundo, obras destinadas á publicar la gloria del Criador; y con todo eso, éste no usaria de su fuerza y poder en la ejecucion de estas obras, dejando todo el desempeño al hombre, no de otro modo que el padre honrado y pundonoroso deja al hijo el cuidado de realizar la gloria de sus blasones con hazañas que, si algo tienen de

nuevo para el hijo, no son nuevas para el padre, que ya las ha premeditado de antemano. Bien comprendéis que estoy hablando de los templos, de los altares y títulos que han alzado los hombres para honrar á la Divinidad; de esos lugares sagrados en que habita más especialmente Dios con su gloria y majestad; de esos monumentos en que se ve la mano del hombre rivalizando en cierto modo con la mano divina; de esas basílicas estupendas en cuyos relieves, consagrados con la presencia de la divinidad y con los ecos de la armonía religiosa, encuentro esculpidas en caracteres indelebles las inmortales influencias de la fé, que desafía á los tiempos y los vence; de esa fé que, al colocar la primera piedra de un templo, dice llena de entusiasmo al Dios á quien lo dedica: «¡Dios mio, Rey de los siglos, un dia mandaste que se tendiera una bóveda celestial que me cubre y alegra; que los astros me alumbrasen dia y noche; que la tierra brotase mil y mil hermosuras; que me obedeciesen los mismos leones del desierto; que los ángeles me guardasen, y que toda la naturaleza se moviese en pró de mí mismo; yo os adoro; Tú hicieras esto por mi bien; yo te lo agradezco, y en testimonio de mi amor y de mi gratitud, coloco esta piedra, que ha de ser llamada casa de Dios: *Et lapis iste vocabitur domus Dei.*

En todo esto se advierte que hay un cambio entre Dios y el hombre; Aquél echó mano de su poder para gloria suya y para bien del hombre, y éste, agradecido á los beneficios del cielo, pone en juego todas sus potencias para aumentar, si fuese posible, la gloria misma que el Criador tiene en su esencia infinita. ¿Cómo podia el hombre agradecer á Dios lo que éste hiciera por él? Claro está que dando á Dios el corazon, con todos sus deseos é inclinaciones. Pero en esto nada hay de visible; es un culto interior, que no es conocido sino del que lo da y del que lo recibe. Es este sin duda el honor más grande que la Divi-

nidad recibe del hombre, y que ésta exige imperiosamente por derecho de justicia; pero ¿queda acaso satisfecha la fé del hombre creyente con el culto de adoracion interior? No. ¿Quedan cumplidas con solo este culto las miras que tuviera el Omnipotente al sacar de la nada la criatura racional? Tampoco. Vamos á la cuna de la humanidad, y encontramos al justo Abel, que añade al amor puro de la Divinidad, al culto interior, el exterior de las oblaciones y sacrificios, y oimos al paso la voz terrible con que Dios condena los sacrificios de Cain, porque, como afirma el divino Pablo, no estaban acompañados de una fé pura. No hay que dar un paso más en la historia para comprender que es una voluntad expresa del Criador el culto exterior que debe ofrecerle la criatura racional; queria Dios que se le alzasen altares, que se le erigiesen tabernáculos, que se le consagrasen templos y basílicas; pero pasmémonos, hermanos míos, y adoremos al Dios amantísimo que quiso agregar el hombre á su misma omnipotencia, para que realizase, como hijo predilecto, los grandes planes de grandeza y de honor que Él premeditára. Este mismo Dios, que con una leve insinuacion sacó de la nada tan portentosa obra, no ha querido hacer uso de su omnipotencia en la ereccion de esos monumentos religiosos que están apostándose con los siglos destructores y rivalizando con su duracion. ¿Sabeis lo que ha hecho Dios en todo esto? Inspirar. ¿Sabeis lo que han hecho los hombres? Seguir los impulsos de las inspiraciones divinas.

Sí: desde Moisés, Beseleel y Saliab, hasta David y Salomon, no se erigiera tabernáculo, altar ni templo en que no encontremos puestas como en rivalidad las inspiraciones por parte de Dios y la ejecucion por la del hombre. El primer templo que se ha erigido á la Divinidad fué el tabernáculo fabricado á las faldas del Siná; y causa admiracion el ver lo que ocurriera en aquella ocasion: apenas el caudillo manifiesta al pueblo los proyectos que